

de los franceses, le hizo este discurso: „mirad al Rey de Francia en la embocadura del Sena pronto á humillarse por la autoridad del Sumo Pontífice, y á apoderarse de vuestros estados. Con él vienen los prelados de vuestro reino, y una multitud de ingleses ya clérigos ya legos animados de todo el ardor que puede inspirar la esperanza de volver á entrar en su patria, y de recobrar sus bienes.” Manifestó por otra parte las cartas de casi todos los señores de Inglaterra, que le pedían por Soberano y le prometían fidelidad. „A lo menos, continuó Pandolfo, reflexionad sobre vuestros intereses, aplacad al cielo justamente irritado, someteos á la Iglesia, recuperad la gracia del Papa que está pronto á restituirlos la corona que os ha quitado.”

Este discurso no dejó de producir su efecto. Juan, todo fuera de sí y como desesperado, condescendió á las proposiciones de Pandolfo, y prometió someterse sin restriccion á las órdenes del Papa en todos los objetos que le habian acarreado las censuras de la santa Sede. Dos dias despues declaró por una carta auténtica, que para espiacion de sus pecados daba de su libre voluntad, y con consejo de sus barones, á la iglesia romana, al Papa Inocencio y á sus sucesores, los reinos de Inglaterra é Irlanda con todos sus derechos: que no los retendria sino como vasallo del Papa: que le prestaria homenaje y haria liga con él; y en señal de su sujecion, sobre el dinero de San Pedro, pagaria todos los años al Papa mil marcos de esterlinas; en fin, que obligaba á to-

dos sus sucesores á mantener esta donacion, bajo la pena de perder su derecho á la corona. El Rey remitió este documento al legado para que le llevase á Roma, y al momento, en presencia de todo el mundo, hizo homenaje y juramento de fidelidad al Sumo Pontífice, representado por su ministro, el cual pisó algunas monedas presentadas en señal de la sumision del Rey. Juan fue entonces absuelto de la escomunion por el arzobispo de Cantorberi y los demás obispos perseguidos que habia llamado apresuradamente á la gran Bretaña.

El legado Pandolfo por el contrario pasó otra vez á Francia, fue á encontrar al Rey Felipe, y le significó de parte del Papa, que desistiese de su empresa contra el Rey de Inglaterra, respecto de haberse sometido ya á la Iglesia, y á quien no podia continuar persiguiendo sin ofender al Papa.

15. Felipe quedó sin duda tan picado como sorprendido de esta mudanza, la que no habria impedido llevar sus armas á las islas británicas, si el conde de Flandes, que fue el que mas le animó, no hubiese mudado tambien de modo de pensar para ligarse con el Rey Juan. Este era Ferrando ó Fernando de Portugal, casado con la hija mayor del conde Balduino, Emperador que vino á ser de Constantinopla, y tuvo que arrepentirse de su constancia. Marchó el Rey Felipe contra este vasallo infiel, confederado con el Emperador Otton y con el conde de Sarisberi, hermano natural del Rey de Inglaterra. La desigualdad del número no fue obstáculo al

al que tenia hecho anteriormente de conservar los derechos del imperio. Por esta razon acometió al joven Federico, Rey de Sicilia y pupilo del Papa Inocencio, para reconquistar la Pulla, que alegaba pertenecer á la corona imperial. Sostuvo igualmente, que antes que ésta se hubiese fijado en sus sienes, el Papa y los estados de Sicilia habian usurpado muchas posesiones que le pertenecian.

18. En fin, se exasperaron los ánimos hasta tal punto, que olvidando el Papa Inocencio todos los desvelos y trabajos que en el espacio de diez años habia empleado para elevar á Otton al imperio, pronunció escomunion contra él. Por una consecuencia tan ordinaria entonces como viciosa, declaró á todos sus vasallos absueltos del juramento de fidelidad, y prohibió con pena de anatéma reconocerle por Emperador. Otton resistió vigorosamente, y se vieron de nuevo todas las escenas de horror inseparables de las guerras civiles, animadas por un falso espíritu de religion. Llegó á adquirir ventajas considerables en Alemania y en Italia: hizo muchas conquistas en la Pulla y en Calabria, y se lisongé con la esperanza de quitar aun la Sicilia al Rey Federico por medio de un señor del pais, que con los sarracenos ocupaba plazas muy fuertes en las montañas. Mas los Papas tenian entonces mucha influencia en el gobierno general de los ánimos y de los imperios, para que las demás potestades no viniesen tarde ó temprano á estrellarse contra su preponderancia prodigiosa. Inocencio III consiguió en fin hacer coronar

Rey de romanos y de Germania, en una dieta celebrada en el año de 1202 en Coblenza, á Federico, Rey de Sicilia, descendiente de la casa de Suabia, escluida poco antes por este Pontífice como la enemiga mas irreconciliable de la Sede apostólica.

19. Inocencio III desempeñó mucho mejor con respecto á la España el cargo de Cabeza de la Iglesia y de Padre de los fieles. Alfonso VIII Rey de Castilla, declaró la guerra á Miramamolin Abou Abdalla, el cuarto de los Almohades, el mismo cuya amistad buscaba Juan Sin-tierra, y que reinaba en España igualmente que en África (1). Los infieles consiguieron desde luego tan grandes ventajas, que se esparció el terror por toda la cristiandad (*).

(1) *Roderic. VI. et Vill.*

(*) Las ventajas que obtuvieron los moros bajo la conducta de Miramamolin, pertenecen al año 1195. Alfonso Rey de Castilla (llamado el VIII de este nombre porque ascendió al trono mucho tiempo antes que su primo-hermano Alfonso IX Rey de Leon) despues de haber sosegado los disturbios del reino ocurridos durante su borrascosa minoridad, recobró en pocos dias cuanto los moros habian usurpado en Castilla, y se apoderó además de la ciudad de Cuenca. Inflamando luego los ánimos de los españoles, y exhortándolos á reunirse y pelear contra los infieles, pasó al frente de un ejército numeroso las montañas de Sierra morena, asoló en su tránsito el territorio de Sevilla y llegó con sus triunfantes armas hasta las playas del Mediterráneo. Atónitos entonces los Reyes moros de Andalucía al ver las rápidas y felices expediciones de Alfonso, imploraron el auxilio del Rey de Marruecos, el cual reuniendo con presteza un ejército formidable vino con él á la Península y ocupó el mediodía de la España. Alfonso, menos prudente que fogoso en estas circunstancias, sin esperar la llegada de los Reyes de Leon y de Navarra que iban

El Papa escribió á todos los obispos de España para que reuniesen todos los Príncipes cristianos contra el

en su auxilio, ni arredrarle la superioridad de fuerzas del enemigo, le presentó batalla cerca de Alarcos, en 18 de Junio de 1195, en la que fue derrotado y herido gravemente en un muslo. Empezó en tan crítico estado una difícil retirada, y no paró hasta que pudo guarecerse con los restos de su ejército en Toledo. Perecieron en aquella funesta jornada veinte mil infantes y toda la flor de la caballería castellana, quedando tan ufanos los moros con su victoria, que talaron una gran parte de Castilla y amenazaron á los demás estados cristianos de España. Añadióse aun para colmo de tamaña adversidad, que los Reyes de Leon y Navarra, aliados de Alfonso, trataron de vengarse indignamente de la afrenta que creían haber recibido por no haberseles esperado para la batalla, é invadieron hostilmente á Castilla al mismo tiempo que los moros se apoderaban de muchas y muy importantes plazas. Quedábale todavía al Monarca castellano otro linaje de afrenta que purgar. Estaba apasionado á una hermosa judía llamada Raquel, muger orgullosa, que habiendo subyugado la voluntad del Rey, queria tambien gobernar el reino á su capricho. Los grandes y en particular los señores de la corte, indignados al ver que una hebrea intentaba dar leyes á Castilla, é irritados por el infortunio de Alarcos, atribuyeron á Raquel las desgracias del reino, y tramando conspiracion contra ella la dieron de puñaladas dentro de palacio y cuasi á presencia de su amante. Alfonso, de quien al parecer debia temerse en este caso una cruel venganza, mirando la catástrofe de su favorita como un castigo visible del cielo, solo trató de recobrar la confianza y el amor de sus vasallos, conduciéndose en adelante como un verdadero padre de sus pueblos. Hechas las paces con los Reyes de Aragon y Navarra, y tambien, despues de una corta campaña, con el de Leon, pensó únicamente en prepararse para vengar la derrota de Alarcos, y principió desde entonces á levantar nuevos ejércitos y tomar todas las disposiciones necesarias que tan gloriosamente coronó la victoria en la memorable jornada de las Navas de Tolosa. Mariana lib. 11. cap. 18. = Ortíz lib. 3. cap. 5. et 6.

enemigo comun. No pareciendo todavía iguales las fuerzas, envió el Rey de Castilla al obispo de Toledo, con otros embajadores á diferentes naciones para pedirles socorros. La Francia era siempre el recurso de la religion en las coyunturas en que además del valor se necesitaba franqueza y generosidad prontas á egecutar. Empeñó particularmente el Papa á los franceses de las provincias meridionales, como los mas vecinos al teatro de la guerra, á que participasen la suerte de una batalla decisiva que debia darse por Pentecostes de este año de 1212, y á este fin les concedia las indulgencias de la cruzada. Muchos prelados partieron inmediatamente, acompañados de un ejército formidable, entre otros Arnaldo, legado de la santa Sede contra los albigenses, el cual de abad del Cistér pasó á la silla metropolitana de Narbona; el arzobispo de Burdeos, y á pesar de la distancia de los lugares el obispo de Nantes en Bretaña. Juntáronse dos mil caballeros franceses con sus escuderos, diez mil sargentos de á caballo, y cincuenta mil de á pie. Así llamaban á aquellos que servian en la guerra inferiores á los caballeros, como si se dijese sirvientes, ó gentes de servicio.

Para atraer las bendiciones del cielo sobre las armas cristianas, el miércoles de Pentecostes 17 de Mayo se hizo en Roma una procesion solemne en el órden siguiente: muy de mañana se juntaron las mugeres en Santa María la mayor, el clero en la basílica de los doce Apóstoles, y los legos en la iglesia de Santa Anastasia. Luego partió cada uno de estos cuer-

valor de Felipe. Hallándose frente á frente ambos egércitos cerca de Bovines, hizo á sus tropas esta corta arenga, copiada por el monge Rigordo, su capellan, que iba en su comitiva: „toda nuestra esperanza está en Dios: el Rey Otton y los suyos están escomulgados, enemigos y destructores de la Iglesia: su sueldo es la substancia de los pobres y el despojo del clero. Por lo que toca á nosotros, aunque pecadores, estando unidos íntimamente con la santa Iglesia, gozamos de su comunión, y defendemos sus inmunidades con todo nuestro poder. No dudamos de que Dios nos hará triunfar de nuestros enemigos y de los suyos.” Despues que el Rey hubo hablado de esta manera, le pidieron las tropas su bendición con una sencillez respetable por el principio que la animaba. Inmediatamente tocaron á embestir, no cesando en el ínterin el capellan y los clérigos de cantar salmos. La victoria fue completa para los franceses, el Emperador Otton se puso en fuga, y los condes de Flandes y de Sarisberi quedaron prisioneros. Para colmo de la felicidad supieron que el Rey Juan, que hizo un desembarco en Francia y puso sitio al castillo de Roche de Maine en Anjou, acababa de verse forzado por Luis, hijo del Rey Felipe, á levantar el sitio y retirarse vergonzosamente. En memoria de estos grandes sucesos fundó el Rey cerca de Senlis la abadía de la Victoria, donde puso canónigos regulares de San Víctor de París.

16. Mientras que Juan Sin-tierra afectaba tanta sumision en presencia de los comisionados del Papa,

envió secretamente y con gran diligencia, una embajada á Miramamolin, Rey de Marruecos. Los enviados que eran dos caballeros y un clérigo, presentaron una carta del Rey su amo, quien se ofrecia á someter su reino al Príncipe musulman, á pagarle tributo, y aun á dejar la Religion cristiana por la mahometana si queria darle socorros. Miramamolin estaba leyendo las epístolas de San Pablo, que habian llegado á sus manos. Quedó por algunos momentos muy pensativo, y despues respondió: „Ved aquí el libro de un cristiano sabio, cuyas obras y palabras me llenan de admiracion. No hallo en él otra cosa digna de repension, sino el haber dejado la religion de sus padres. ¿Qué puedo yo pensar de vuestro amo, que quiere renunciar á una religion tan santa y tan pura, que si yo no tuviera alguna la elegiría con preferencia á todas las demás?” Informóse luego del estado del Rey y del reino de Inglaterra, y como los dos caballeros le hicieron la pintura mas lisongera, prosiguió dando un grande suspiro: „jamás he leído ni oído decir que el Soberano de un estado semejante haya querido hacerle tributario de un estrangero. Vuestro amo es un cobarde y miserable. Es tal el desprecio que me inspira, que no le admitiera entre los mas viles de mis esclavos. Y vosotros, añadió, lanzando sobre los caballeros una mirada espantosa que les hizo temer por su propia vida: vosotros, agentes y aduladores de un tirano despreciable, no tengais la audacia de volver mas á mi presencia.”

Al retirarse llenos de confusion, puso Miramamolín los ojos en el tercer enviado llamado Roberto, que estuvo aparte mientras duró la audiencia. Viendo á un hombre pequeño, en extremo moreno y de malas facciones, juzgó que el mérito debía compensar lo ignoble de la figura en un ministro encargado de una negociacion tan delicada. Hizo detenerle, y le propuso varias cuestiones, á las cuales satisfizo Roberto con un aire de seguridad y con una franqueza que agradaron al musulman. El inglés dijo con ingenuidad, que su Soberano era un tirano, tan débil respecto á los estrangeros, como terrible para sus vasallos: que por su culpa habia perdido el ducado de Normandía con otros muchos grandes dominios: que no cesaba de arruinar el resto de sus estados, y de hacerse odioso á sus pueblos por sus exacciones, sus usurpaciones, sus vicios y sus adulterios. Miramamolín vituperó la paciencia escesiva de los ingleses, y añadió nuevos desprecios á los que habia manifestado contra la persona de Juan Sin-tierra. Tuvo otras muchas conversaciones con Roberto, le colmó de señales de su benevolencia, y le despachó cargado de presentes de oro, plata, piezas de seda y pedrería. Refiere todas estas particularidades el historiador Mateo Parisiense, y dice que las sabia del mismo Roberto. Añade que el Rey Juan pensaba tan mal acerca de muchos artículos de la fe, que se le escaparon impiedades las mas extravagantes y escandalosas, cuya relacion no se atreve á escribir.

17. Hacia mucho tiempo que la Alemania no go-

zaba de mas tranquilidad que la Inglaterra. Siempre se veía despedazada por las dos facciones de las casas de Sajonia y de Suabia, que pretendian á un mismo tiempo el imperio, y por el interés que tomaba alternativamente la Cabeza de la Iglesia en las pretensiones de una y otra. En vano el Rey Felipe de Suabia, tan vivamente perseguido del Papa Inocencio, se reconcilió al fin con este Pontífice. Despues de haber recibido la absolucion, y hallándose muy adelantada la composicion con el Rey Otton de Sajonia su competidor, fue asesinado por el conde palatino de Baviera, por haber negado su hija despues de habérsela prometido en matrimonio. Este acontecimiento, que parecia deber acelerar el restablecimiento de la buena armonía, la hizo sin embargo mas difícil que antes. A la verdad el Rey Otton, que ya no tenia mas rival, fue desde luego coronado Emperador, y aun se obligó al Papa con juramento á condiciones cuya ventaja era proporcionada á las obligaciones que le debia. Pero desde luego le hicieron entender los magistrados de las ciudades de Italia, que habia sido sorprendido, á lo menos en la promesa de restituir á la santa Sede las posesiones de la condesa Matilde: que la separacion de estos grandes dominios, causaria un perjuicio irreparable al imperio, y que los Papas solo habian conseguido hacérselos ceder, abusando de la debilidad del sexo, ó de la edad de la donante. Esta fue la razon que tuvo el Emperador Otton para negar su entrega, á pesar de sus juramentos que pretendia ser contrarios